

«Aunque tengas muchos amigos, ¿por qué te sientes solo? Entonces, ¿para qué sirven estos amigos?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

2. Soledad - Comunidad

de Luigi Giussani*

SOLEDAD

Encontramos una sugerencia importantísima en la situación de los apóstoles que se describe en los Hechos. «Dicho esto, a la vista de ellos, fue levantado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Cuando miraban fijos al cielo, mientras él se iba marchando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo”¹. Cristo se ha ido, y ellos permanecen allí, parados, con la boca abierta –su esperanza se les ha ido–; desciende sobre ellos la soledad como sobre la tierra la oscuridad y el frío en cuanto el sol se pone. Cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más cuenta nos damos de que no las podemos resolver por nosotros mismos, ni tampoco pueden los demás, que son hombres como nosotros. El sentido de *impotencia* acompaña a toda experiencia seria de humanidad.

Es este sentido de impotencia el que engendra la *soledad*. La verdadera soledad no proviene tanto del hecho de estar solos físicamente cuanto del descubrimiento de que un problema nuestro fundamental no puede encontrar respuesta en nosotros ni en los demás.

Se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de todo compromiso serio con la propia humanidad. Puede entender bien esto todo aquel que haya creído haber encontrado la solución a una gran necesidad suya en algo o en alguien; y luego esto desaparece, se va, o se revela incapaz de respuesta. Estamos solos con nuestras necesidades, con nuestra necesidad de ser y de vivir intensamente. Como uno que está solo, en el desierto: la única cosa que puede hacer es esperar a que alguien llegue. Y la solución no será ciertamente el hombre; porque lo que se trata de resolver son precisamente las necesidades del hombre.

COMUNIDAD

Los apóstoles volvieron del lugar donde Cristo había subido al cielo, y permanecieron juntos.

«Entonces se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Je- »

¹ Hch 1,9-11.

* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 31-36.

» rusalén lo que se permite caminar en sábado. Cuando llegaron, subieron a la sala superior, donde se alojaban: Pedro y Juan y Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos»².

Uno que verdaderamente descubra y viva la experiencia de la impotencia y de la soledad, no está solo. Más aún, físicamente, quien tenga experiencia de la profunda impotencia humana y, por tanto, de la soledad personal, se siente cercano a los demás, se estrecha fácilmente con ellos, como gente perdida sin refugio en una tormenta. Su grito lo siente como grito de todos, y su ansia y espera como el ansia y la espera de todos.

Solo quien tiene verdadera experiencia de la impotencia y de la soledad está con los otros sin cálculos ni dictados, pero al mismo tiempo sin pasividad, sin gregarismo, sin doblegarse y convertirse en esclavo de la sociedad.

Un hombre solamente se puede decir seriamente comprometido con su experiencia humana cuando siente esta comunidad con los hombres –comunidad sin fronteras y sin selecciones, comunidad con cualquiera y con todos–, porque vive el compromiso con lo más profundo que hay en él y, por tanto, con lo que tiene en común con todos.

Un hombre está verdaderamente comprometido con su experiencia humana cuando al decir «yo» vive eso tan sencilla y profundamente que lo siente fraternalmente solidario con el «yo» de cualquier otro hombre.

En general la respuesta de Dios alcanzará solo al hombre así comprometido.

Conviene, enseguida, señalar que esta solidaridad con toda la humanidad se realiza, de hecho, en un ambiente determinado. También en los *Hechos de los apóstoles* la comunidad de los apóstoles surge en una situación (o ambiente) muy concreta. No han escogido ellos los lugares ni las personas; se han encontrado en ellos casi por casualidad, y toda su vida dependerá de esto.

«Cuando llegaron, subieron a la sala superior, donde se alojaban: Pedro y Juan y Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago»³.

«Propusieron dos: José, llamado Barsabá, de sobrenombre Justo, y Matías. Y rezando, dijeron: “Señor, tú que penetras el corazón de todos, muéstranos a cuál de los dos has elegido para que ocupe el puesto de este ministerio y apostolado, del que ha prevaricado Judas para marcharse a su propio puesto”. Les repartieron suertes, le tocó a Matías, y lo asociaron a los once apóstoles»⁴.

Así es como nuestra personal humanidad surge, toma forma y se alimenta en un *ambiente* bien concreto: nos encontramos dentro de él, no lo escogemos nosotros.

La atención puesta en comprender todo el ambiente, el ofrecimiento de nuestro sentido de comunidad a todas las personas del ambiente, mide la apertura de nuestro compromiso humano, coincide con la sinceridad de nuestro compromiso con toda la humanidad. No nos toca a nosotros excluir a nadie de la experiencia de nuestra vida humana; la elección le toca solo a Dios, que la realiza mediante la situación en que nos coloca. Lo contrario sería intimismo nuestro, abuso de un esquema preconcebido por nosotros.

² Hch 1,12-14.

³ Hch 1,13.

⁴ Hch 1,23-26.